

creyéndose una especie de capitán valeroso en las legiones de Cristo, congregadas para ir á pelear en una cruzada sin término y sin tregua con todas las potestades y con todas las fuerzas del infierno. Ignacio notó, como gran médico y cirujano que siempre había sido de sí mismo, el efecto en su mente de aquellas pérfidas y cautelosísimas obras. La duda se deslizaba entre sus frases clásicas como la serpiente se deslizó tentadora entre las flores edénicas. Aquel brebaje literario, gustoso al paladar por lo dulce, hacia los más terribles y más diabólicos estragos en cuanto penetraba en los senos de la conciencia y se difundía por los poros del alma. Ignacio experimentaba leyéndole un frío mortal, como si tuviera su cuerpo la reacción de una fiebre cuartana, ó se hallara su pecho en la irrespirable atmósfera de un altísimo y nevado monte. Aquel amor de todos sus afectos, aquella exaltación de todas sus pasiones, el colorido de sus ideas, el fuego de las llamas en que se abrasaba todo su ser, lo que constituía verdaderamente su vida y su alma, extinguíase á los soplos de aquel humano ingenio, que representaba el comienzo de la crítica moderna, y que, por lo mismo, debía ser asunto de horror y piedra de escándalo en la sociedad fundada para traer al mundo la reacción pontificia y el retroceso universal. Nunca jamás acertó Ignacio á curarse de aquella horrorosa enemiga, que contrajo en la primera lectura del sabio Erasmo. Ni siquiera llegó á concluir el libro. De criterio filosófico bien escaso para comprenderlo en toda su trascendencia; de capacidad literaria bien menguada para seguirlo en todos sus repliegues; de carácter sobrado fuerte para estimar aquel aticismo y aquella finura verdaderamente increíbles; arrojó lejos de sí el sabio libro, sin acabar de leerlo, y cobró contra él tan grande aborrecimiento y le tuvo tan tenaz ojeriza, que no volvió á leer ninguna obra de tal autor, ni consintió jamás que ninguno de los suyos las leyese, sino con el propósito de combatir las, tomando antes toda suerte de cautelas, y haciendo, después de haberlas leído, en desagravio á Dios, toda suerte de sacrificios y de holocaustos. No, las ciencias humanas y literarias no podían entrar en aquella vasta cabeza organizada para otros pensamientos. Él necesitaba nutrirse de la bazofia monástica, especie de rancho espiritual, para ejercer su oficio de soldado, que no se da punto de reposo en esgrimir sus armas, y que por lo mismo no tiene á su arbitrio ni tiempo

ni espacio para leer las grandes obras del humano entendimiento. Dejadle que despliegue sus fuerzas, y oiga su vocación, y cumpla su ministerio, y llegue á su fin y destino, ciñéndose las armas espirituales de la fe más primitiva y más ciega, para combatir en los albores de la edad moderna con la emancipación del pensamiento y fundar la triste reacción pontificia.

En los tiempos verdaderamente procelosos de la Edad media escribíanse libros devotos muy parecidos á los libros caballerescos, por lo de aislar al hombre del mundo social y empeñarlo en aventuras imposibles. El primero, el más hermoso y profundo entre todos estos libros, el que mayormente merece de antiguo su renombre y fama es el inmortal conocido con el popular título de «Imitación de Jesucristo.» Escrito en el incorrecto latín eclesiástico, posee una virtualidad literaria tan grande, merced á lo sublime de sus ideas, que llega, en muchas ocasiones, á los efectos de la verdadera elocuencia. Naturalmente, la imaginación, que ha escrito ese libro, acongojada por los espectáculos del mundo, se propone ir de un vuelo al espíritu celestial, como si no existiese la tierra. Nada en sus páginas de nuestras relaciones con la naturaleza; nada del carácter social que revisten por fuerza y por necesidad todas las obras del hombre; nada tampoco de la vida de este cuerpo nuestro en cuyos filamentos y órganos se encarna y revela el espíritu; nada finalmente de consagrar la razón á las verdades humanas y menos la voluntad á los humanos empeños. Cada hombre decidido á imitar á Cristo, debe hacer de la vida individual una pasión cruenta, como la pasión del Calvario, muriendo en las llamas del sacrificio para resucitar y revivir en los senos de la gloria. Hé ahí, pues, la verdadera lectura para el espíritu y ánimo de Ignacio. La triste anarquía social de la Edad media poblaba de solitarios los desiertos, poblando además el alma, solitaria también, de tales penitentes con supersticiones y ensueños. Endiablado el Universo á sus ojos, decaída y corrupta la materia, reinante la divinidad del mal en la persona del demonio, inhabitable para las almas tiernas y sencillas aquella férrea sociedad de castillos feudales y de combates continuos, producíanse naturalmente dos géneros de obras literarias correspondientes á dos facultades fundamentales del espíritu, las obras caballerescas y las obras místicas y ascéticas. El idealismo de las teorías conteníase por ley natural en estas segundas obras, y el idealis-

mo de la accion, á su vez, conteníase todo entero en las primeras. Las almas tiernas y sensibles protestaban de la sociedad, refugiándose á una en el éxtasis; las almas valerosas y fuertes protestaban tambien refugiándose á su vez en la caballería. Unos y otros libros, así los ascetas como los caballerescos, representaban las cimas ideales alzadas sobre los diluvios de lágrimas y sangre caidos en una sociedad desventuradísima, en la sociedad del siervo y del castillo, con una horca en la cima y una cadena en la base.

Maś no era esta la sociedad, á cuyo nacimiento asistia San Ignacio. En los días del gran penitente los Estados modernos se fundaban, la conciencia humana se redimia, el pensamiento científico encontraba sus naturales derechos, el arte volvía de nuevo á reconciliarse con la naturaleza; poblábase por las invenciones de los sabios la historia y por las invenciones de los descubridores la tierra, con América y con el Renacimiento; el feudalismo espiraba herido á los piés de las grandes monarquías; entreveíanse ya las revelaciones de la astronomía moderna y las revelaciones del espíritu moderno; por tanto, los libros ascetas y los libros caballerescos habian perdido toda su antigua razon de ser y todo su natural fundamento, pasando á los museos arqueológicos de la historia. Y en tal tiempo, en ocasion tan extraordinaria, cuando un alma nueva descendía del cielo y una nueva sociedad se cuajaba en el mundo, Ignacio recogía y sumaba las dos grandes reacciones literarias del tiempo, la reaccion ascética y la reaccion caballescica.

Así fué de castigado. Toda obra reaccionaria es una obra maldita. No prevalece, no, jamás en el agradecimiento de la humanidad aquel que intenta volver el mundo hácia atrás, cuando ha conseguido y ha llegado cualquiera de sus grandes progresos. Mirad la filosofía platónica en Atenas, ¡cuán hermosa y cuán grande porque prepara el Cristianismo! y la filosofía platónica en Alejandría, ¡cuán fútil é hinchada porque se opone al Cristianismo! Mirad el nombre de aquel protervo Emperador llamado Constantino ¡cuán bendecido porque se une á la libertad del culto cristiano! y mirad el nombre de aquel gran Emperador Juliano ¡cuán maldecido porque se une al esfuerzo inútil de la reaccion pagana! Ignacio quiso, por servir la reaccion caballescica, fundar una órden semejante á la órden de los templarios y le resultó esta compañía, donde la espontaneidad nativa del espíritu y los resortes naturales

del humano albedrío se deprimen y destruyen hasta convertir al hombre en una especie de figura mecánica, tan á merced y arbitrio de fuerzas superiores, que lo anulan como personalidad y lo enajenan de sí mismo. Y en punto á la vida del ministro y del asceta, Ignacio podrá él personalmente imitar á Cristo hasta el extremo de convertir la tierra en un calvario y la vida en una cruz; pero sus discípulos han resultado en la historia los ascetas de corte y de salon. Aparte los varios misioneros que han mandado por todo el mundo en natural interés de su propaganda, cual hacen todas las sectas; aparte tal apostolado, cuyo mérito no discutimos ahora y cuyas consecuencias examinaremos mas tarde, ¡ah! el ascetismo jesuítico se halló durante dos centurias en todas las intrigas cortesanas. Y no podía resultar otra cosa, natural y lógicamente. El mundo social se parece mucho al mundo físico en sus fuerzas de accion y de reaccion. La lógica tiene un carácter tan objetivo y una eficacia tan necesaria como el carácter y la eficacia de las leyes reales. Toda reaccion vuelve á una idea perdida ó á una sociedad acabada; y estas retrogradaciones resultan estériles, cuando no resultan dañosas. Ignacio no tenia ideas que oponer á las ideas en progreso y opuso fuerzas; Ignacio no tenia de dónde sacar fuerzas y las sacó de una organizacion militar autoritaria, tristísimo remedo de las fortalezas materiales donde habia estado y de los campamentos y de los tercios á que habia pertenecido. ¡Qué desconocimiento del poder de las ideas! Acababan de hacer saltar en pedazos con su explosiva pólvora el castillo y el convento de la Edad Media y queria Ignacio detenerlas con una organizacion artificiosa. Hombre de guerra, solo supo apelar á la fuerza contra las ideas; la fuerza, débil siempre en comparacion del espíritu. Cuando advirtió que necesitaba oponer ideas á ideas ya era tarde, y yendo á universidades en las que solo reinaban la tradicion y el escolasticismo, aumentó sus naturales supersticiones y ahincó en su reaccionaria y tristísima obra.

Dos años residió en Barcelona, y en estos dos años, aprendió las letras latinas indispensables para cursar despues filosofía. Contaba, pues, treinta y cinco, al comenzar aquella clase de materias y estudios, correspondientes á las materias y estudios de nuestra segunda enseñanza. Fuése á la universidad de Alcalá en los comienzos del curso, que debia durar del 1526 al 1527, llevando

el poco latin aprendido en aula, donde no podia tener la diligencia de verdadero discípulo, poseido como estaba por sus ejercicios espirituales, además de aquejado y debilitado por un crónico dolor al estómago. Llegado á la ciudad de Alcalá dió con el jóven Martin de Olave, estudiantico á la vez, cual dice Rivadeneira, quien socorrió la miseria del santo con su limosna y la soledad del santo con su afecto. Pero pobre, como buen estudiante, no podia ocurrir á todas las necesidades del amigo, ni procurarle otro alivio que el inútil de su consejo y su cariño. No tuvo mas remedio Ignacio que ir al hospital, y desde el hospital pasar de puerta en puerta por todas las calles y plazas, en requerimiento y busca del precario socorro indispensable á su misérrima existencia. Tan desnudo andaba, tan triste y hambriento, que le hacian burla y aun le baldonaban los corrillos de la ciudad, convirtiendo en asunto de befa, mofa y escarnio, sus exageradísimas virtudes. Hasta un sacerdote le insultó públicamente cierto dia, y no se sabe cómo lo pasara con sus penitencias, con sus arrebatos, con sus deliquios, de no haberle socorrido á tiempo el prioste del hospital de Autesana, y llevádoselo consigo para darle habitacion que por lo menos pudiese sustraerle de las inclemencias del aire y alimento, que por lo menos pudiera sustentarlo en el mundo.

Con mayores comodidades ya, y muy á sus anchas, pudo el santo consagrarse de lleno al estudio de la filosofía, sin tener para qué pensar, ni en su alimento, ni en vestido, ni en casa. Pero como á la continua le poseia y embargaba el deseo vehementísimo de la accion, cuando no pedia limosna para sí, la pedia para los demás. En las universidades, en aquellos cuerpos colectivos, donde la vida se amplía y extiende tanto por virtud de las asociaciones fundamentales, comprendió Ignacio la necesidad en que se hallaba de asociar gente á su obra, si queria verla prevalecer y durar. Hasta entonces habíase absorbido en la soledad mas completa. Solo salia de Azpeitia, despidiendo á los dos escuderos expedidos con él por su familia; solo, veló sus armas en el monasterio de Montserrat, y se dió los espaldarazos necesarios para su andante caballería; solo vivió en la cueva de Manresa; solo fué de las costas catalanas á las costas itálicas; solo, discurrió por las calles de Ferrara y de Venecia; solo, peregrinó á Tierra Santa; solo, pasó por Jerusalem; solo, tornó á España; y acaso de aquella soledad no hubiera jamás el gran

penitente salido á no verse forzado por las exigencias de su grande obra y por los empeños de su continuo trabajo á presentarse ante las universidades y ver y tocar allí la fuerza incontrastable de una bien meditada organizacion.

Comenzó Ignacio su apostolado humildísimo con tres camaradas de cátedra. Él imitaba la vida de Cristo, segun su saber y entender, y los compañeros le imitaban á él. Unióseles, á los pocos dias, un estudiante de nacion francesa, y formaron entre los cinco ya el primero y mas sencillo gérmen de la que luego seria omnipotente asociacion, brazo de la Iglesia, terror de la herejía, milicia del Pontificado, agencia universal de todos los retrocesos modernos, base de cuantas tiranías han querido ahogar el espíritu y detener el pensamiento. Cada vez que vemos los humildes orígenes de instituciones tan excelsas, advertimos cómo las leyes de la historia se parecen á las leyes de la naturaleza. Estas como aquellas no exceptuan á ningun átomo de obedecer á la gravedad cósmica, á la sideral atraccion, y á otras fuerzas igualmente reales y verdaderas y eficaces. El comienzo de las ideas es uno mismo. Germinan sometiéndose á procedimientos análogos á los que tiene la germinacion usual de las plantas. Brotan en una sola inteligencia que siente vocaciones irresistibles al apostolado, atraen alrededor suyo bien pronto nuevas inteligencias unidas por la misma fe que componen al fin y al cabo una secta; crecen á su vez en fuerza y en carácter militante hasta formar un partido; y concluyen por ser ó bien un Estado ó bien una Iglesia organizada, influyendo en la vida real y formando costumbres primero y luego tradiciones.

De igual suerte se instituyó la sociedad conocida con el célebre nombre de la Compañía de Jesus. Los cinco camaradas congregados en Alcalá, no solo pensaron lo mismo, sino que vistieron de igual suerte. Burdos sayales, en guisa de antiguas togas, caíanles de los hombros á las plantas. La uniformidad de sus creencias y de sus sentimientos identificábase con la uniformidad de sus trajes. Al verlos así uniformados, tanto en cosas elevadas como en cosas usuales, cual vestimenta é ideas, empezó á creer el mundo en que aquellos hombres guardaban algo en sus respectivas conciencias y depositaban algo en el seno de nuestra sociedad. Oposicion de juicio, natural resultado de la oposicion de caracteres y temperamentos, surgió ante aquella